

Espacio imaginado y espacio vivido, visiones laterales de la ciudad moderna

♦ Alfonso Valenzuela Aguilera

Durante la primera mitad del siglo veinte, la modernidad urbana fue aceptada y adoptada por destacados arquitectos, ingenieros y urbanistas que impulsaron el racionalismo espacial como el único camino para enfrentar los retos de la era industrial. Entre los precursores, como Reinhard Baumeister, Walter Gropius y Hannes Meyer, destaca el arquitecto suizo Charles Edouard Jeanneret *Le Corbusier*, quien se convertiría en la figura paradigmática e internacional del movimiento moderno en arquitectura. Es por ello que las críticas de teóricos fundamentales como Jane Jacobs, Christopher Alexander y Henri Lefebvre se concentraron en el trabajo de Le Corbusier para señalar sus limitaciones conceptuales y metodológicas en la concepción de la verdadera naturaleza del espacio urbano, así como las disonancias del enfoque racional.

En sus orígenes, la planeación urbana impuso la normalización y estandarización de la realidad, lo cual trajo, de manera implícita, la priorización espacial, así como la eliminación de la diversidad y las diferencias en la ciudad. En el plano social, Charles Tilly sugiere que los mecanismos de inequidad duradera están cimentados en relaciones asimétricas

dentro de divisiones socialmente reconocidas al interior de las redes interpersonales.¹

Los problemas organizacionales se resuelven al establecer un acceso categóricamente desigual a productos deseables, así como promoviendo la exclusión selectiva de dichos recursos. Por lo tanto, las prácticas institucionales como la planeación urbana siempre han tratado de dar la impresión de que las políticas públicas son el resultado de actos discretos y racionales, y no parte de un proceso para conciliar intereses disímboles en el que se escogen opciones, se aplican exclusiones y se imponen visiones del mundo.

Dentro del imaginario funcionalista, el espacio público se representó como un elemento abstracto, conceptual y desligado de la cotidianidad de las personas. Sin embargo, después de que Le Corbusier impulsara la Carta de Atenas y la división de las funciones dentro de la ciudad, los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM) incorporarían la temática hasta la celebración de su octava emisión, con el tema de *El corazón de la ciudad*, cuando se plantearía la importancia de revalorizar los espacios públicos como punto de contacto entre los habitantes.

¹ Charles Tilly, *Durable inequality*, University of California Press, Berkeley, 1998.

♦ Profesor e investigador, Facultad de Arquitectura, UAEM





La complejidad inherente a la ciudad también fue analizada por Christopher Alexander a partir de la teoría matemática de conjuntos,² quien concluyó que dicha realidad no es fácil de identificar mediante estructuras mentales tradicionales.

Alexander sostiene que “la realidad de la estructura social actual es muy densa y presenta traslapes”, lo cual difiere de la idea de la zonificación tradicional, en que las partes de una estructura interactúan entre sí, pero no tienen la posibilidad de construir vínculos, a menos que la relación se establezca a partir de la consideración de cada estructura como un todo. Asimismo, cuestiona el valor de todo aquello que no está necesariamente articulado y categorizado, rescatando los conceptos de *traslape*, *ambigüedad* y *multiplicidad de aspectos*,³ y considera que “en todo objeto organizado, los primeros signos de destrucción inminente son la subdivisión extrema y la disociación de los elementos internos”.⁴

Tenemos entonces que el carácter multidimensional del ámbito urbano encontraría su esencia en la complejidad e interacción entre las partes del conjunto, lo que como visión estaría más cercano del estructuralismo, en el sentido de establecer una serie de relaciones entre los elementos del sistema que parecerían yuxtaponerse,

empalmarse y, en última instancia, organizarse en un nuevo modelo de configuración urbana.

Le Corbusier y los arquitectos funcionalistas del CIAM

El movimiento moderno sostuvo su concepción de la ciudad dentro de una lógica racional, como producto del *zeitgeist* o espíritu de la época, y cobró forma con los arquitectos que integraron los congresos CIAM, como uno de los puntos de referencia más influyentes en el urbanismo contemporáneo.⁵ A partir de los documentos publicados en dichos congresos, se definirían las tendencias arquitectónicas y urbanísticas de la era moderna, que impulsaban una correspondencia entre la actividad constructiva y los nuevos modelos de producción industrial, de donde la racionalización de los procesos y la estandarización de los componentes permitirían el salto de escala entre las soluciones individuales y las colectivas.

Es probable que las ideas de Le Corbusier no hubieran alcanzado tal resonancia internacional, de no haber sido por los CIAM. Creados con el fin de promover ideas espaciales y constructivas de vanguardia, tenían como fin último la transformación de la sociedad por medio de la arquitectura. Sin embargo, la visión academicista que

² Christopher Alexander, “The city is not a tree”, *Architectural Forum*, vol. 122, núm. 1, abril de 1965, pp. 58-62 (Parte I), y vol. 122, núm. 2, mayo de 1965, pp. 58-62 (Parte II).

³ Citando como ejemplo la separación entre vehículos y peatones como un factor de incompatibilidad en relación con los taxis, que necesitan el traslape de estas dos funciones para poder operar.

⁴ Lo anterior se ejemplifica en el caso de la ciudad para personas de la tercera edad denominada Sun City, como paradigma de la disociación, en donde al recluir ahí a las personas de la tercera edad, sus ligas con su propio pasado pierden significado, desaparecen y, por lo tanto, mueren.

⁵ El origen de los CIAM se vincula con las ideas de Henri de Saint-Simon (1760-1825), quien sostendría que los avances científicos y tecnológicos darían lugar a un nuevo sistema social de corte humanista.

buscaba proporcionar un hábitat adecuado para el ser humano terminaría cediendo a las presiones del mercado y obligando, en cambio, a los habitantes a adaptarse a los nuevos entornos de la era moderna.

Los CIAM tuvieron desde su origen ambiciones universales, expresadas posteriormente en cartas, principios y declaraciones conjuntas. Ya desde el primer congreso, celebrado en 1928 en La Sarraz, Suiza, se sentarían las bases de la “ciudad funcional”. Ahí se presentaron por primera vez tres puntos de gran trascendencia: el primero, que el urbanismo consistía en la “organización de todo tipo de funciones de la vida colectiva”, lo cual asume que las relaciones sociales responden a los modelos preconcebidos de la planeación; el segundo, que la esencia de dicha organización se encontraba en los criterios de funcionalidad, determinados por la división de usos y clasificados en el habitar, el producir y el descansar (posteriormente se incluiría el circular); en tercer lugar, que la división del territorio debería responder a una economía del suelo tal que permitiera recuperar las plusvalías generadas por la acción pública.⁶

Si bien Le Corbusier tuvo un papel fundamental en definir la dirección que tomarían los CIAM a lo largo de su existencia, Walter Gropius y el historiador Sigfried Giedion tendrían una significativa influencia en el desarrollo conceptual de los con-

gresos. Giedion iniciaría durante ese periodo una de sus obras emblemáticas: *El nacimiento del hombre moderno*, en la que examinaría los eventos cotidianos como fundamento de la vida moderna,⁷ estableciendo con ello un vínculo conceptual con los trabajos de Henri Lefebvre sobre la cotidianidad, la producción del espacio y los ritmos urbanos.

Por su parte, Gropius advertía que la vida social, que anteriormente giraba en torno a la familia, comenzaba a transferirse hacia espacios colectivos creados y administrados por el Estado, en donde la familia estaba perdiendo “su carácter como unidad productiva autocontenida” y cedía progresivamente su poder social al Estado.⁸

La importancia de los espacios públicos estuvo ligada, por lo tanto, con la provisión de condiciones saludables para la población y serviría como garante de las funciones comunitarias de socialización de la población. Al respecto, Gropius coincidía con Le Corbusier en el sentido de que las construcciones de altura proveerían la densidad necesaria para alcanzar “las importantes ventajas biológicas de mayores cantidades de luz y asoleamiento, mayores distancias entre los edificios colindantes y la posibilidad de proveer parques externos articulados, así como áreas infantiles de juego entre los bloques”.⁹

Le Corbusier, por su parte, argumentaría, a favor de la *ciudad densa*, que en las grandes concen-

⁶ Este último punto retoma las ideas progresistas que introduciría Henri George a finales del siglo XIX, y que demuestran que, en su origen, los CIAM tuvieron consideraciones sociales respecto a la distribución de los recursos públicos.

⁷ Giedion en Dorothee Huber, “Konstruktion und chaos: the great unfinished project”, *Rassegna*, vol. 25, marzo de 1986, pp. 62-71.

⁸ Walter Gropius, “The sociological premises for the minimum dwelling of urban industrial populations”, en *The scope of total architecture*, Collier, Nueva York, 1950, pp. 104-118; también ver, del mismo autor, *The New Architecture and the Bauhaus*, MIT Press, Boston, 1965.

⁹ Walter Gropius, “The sociological...”, *op. cit.*, p. 116.



tracciones urbanas se producían “manifestaciones de extrema vitalidad”, considerando incluso que, “en principio, la ciudad es necesariamente un lugar de encuentro, de contacto, de competencia y conflicto entre energías diversas”, por lo que sería contraproducente dispersar dichas energías atraídas de manera natural.¹⁰

De acuerdo con este último, la ciudad compactada, a través de las nuevas tecnologías, aseguraría al individuo un grado de libertad para organizar su vida colectiva en torno a la recreación. Además, plantearía más adelante, como parte de las conclusiones del CIAM 4 (1933), que “los elementos materiales que el urbanismo puede acomodar y combinar son: el cielo, los árboles, la vivienda, los lugares de trabajo, los espacios colectivos (que incluyen los espacios de recreación) y el tráfico”.¹¹

Sin embargo, sería hasta el CIAM 8 (1951) que se abordaría de lleno el tema del espacio público en la ciudad, bajo el subtítulo de *El corazón de la ciudad*; es precisamente durante la posguerra cuando los esfuerzos de reconstrucción requirieron de la creación de nuevos centros cívicos, los cuales hasta entonces habían quedado fuera de las cuatro funciones básicas originales, y cuando estos se proponen como elementos esenciales para conformar una colectividad.

En la citada emisión del congreso se identificó el “sentido de comunidad” como la conciencia de la interdependencia entre los miembros de esta,

si bien no llegaron a identificarse los tipos de interacción particulares o las formas espaciales correspondientes. No obstante, la declaración final llamó a considerar la forma física y la localización de los elementos de los centros cívicos vistos como entidades universales.¹²

El CIAM 8 fue uno de los eventos más importantes de la posguerra, donde se discutió la cuestión del espacio urbano en el contexto de la reconstrucción europea, convirtiéndose en referente para las nuevas formas del espacio público subsecuente: centros comerciales, refuncionalización de centros históricos urbanos, parques temáticos y demás espacios del territorio suburbano.

Las ideas discutidas en los CIAM tendrían una fuerte resonancia en toda América Latina, donde frecuentemente se adoptarían como nuevos paradigmas de la ciudad contemporánea (destaca Le Corbusier como el personaje más representativo), en ocasiones mediante la aplicación de sus principios a gran escala y durante varias décadas por arquitectos que tuvieron enorme influencia en sus respectivos países. En algunas regiones, la influencia de Le Corbusier representaría el punto de partida para llegar a soluciones urbanas originales,¹³ pero en otros casos, la idea del funcionalismo serviría solamente para resolver cuestiones programáticas de la manera más económica y eficaz, dejando de lado las implicaciones político-sociales en el territorio.¹⁴

¹⁰ Jean-Louis Cohen, *Le Corbusier and the mystique of the URSS*, Princeton University Press, Princeton, 1992, p. 139.

¹¹ Le Corbusier, *Elements of a doctrine of urbanism to be used as the basis of our machine-age civilization*, Orion Press, Nueva York, 1967, p. 188; ver también, del mismo autor, *Hacia una arquitectura*, México, 1926.

¹² Eric Mumford, *The CIAM discourse on urbanism, 1928-1960*, MIT Press, Cambridge, 2000, p. 203.

¹³ Alberto Xavier (ed.), *Arquitetura moderna brasileira: depoimento de uma geração*, Associação Brasileira de Ensino de Arquitetura/Fundação Vilanova Artigas/PINI, São Paulo, 1987.

¹⁴ Edward Burian (ed.), *Modernidad y arquitectura en México*, Gustavo Gili, Barcelona, 1998, p. 64.

Lefebvre y el espacio vivido

De acuerdo con Henri Lefebvre, el espacio puede adquirir distintas dimensiones: el espacio concebido como modelos, utopías o visiones (*espace conçu*); el espacio percibido que se vive en la vida cotidiana, concreto y medible (*espace perçu*), y el espacio vivido como lugar de la representación, de los símbolos complejos y resistente al orden dominante (*espace vécu*).¹⁵

Lefebvre denunció la intención de la planificación por reducir y simplificar la realidad en función de los intereses del poder/capital, a través de la institucionalización absoluta de requerimientos técnicos que se hicieron pasar como un imperativo derivado de una necesidad moral. Asimismo, representó la planeación como instrumento de poder, violencia y división que, bajo su óptica, intentaba suprimir las contradicciones, mostrando una coherencia interna aparente y reduciendo lo dialéctico a lo causal.

Una de las mayores aportaciones del sociólogo francés sería el mostrar que el espacio tiene una naturaleza política, cuestión que la racionalidad tecnocrática de Le Corbusier trató de subestimar. Otro concepto clave a considerar sería el tomar las diferencias como punto de partida utilizable en la articulación del tejido urbano. En abierta confrontación con el reduccionismo implícito en el racionalismo, Lefebvre propondría que la aceptación de una complejidad social creciente necesariamente nos lleva a plantear una teoría basada en la diferencia. En cambio, los instrumentos de

planeación funcionaban en sentido inverso: como instrumentos de poder ideológico y estratégico que buscan el dominio del individuo.

Comenta al respecto: “Le Corbusier afirma que su compromiso es con la libertad: libertad de la fachada con respecto a la planta interior, libertad de la estructura soportante respecto al exterior, libertad en la disposición de pisos y conjuntos de habitaciones respecto al marco estructural. En realidad, lo que está en juego aquí es la fragmentación del espacio: la homogeneidad del conjunto arquitectónico concebido como una ‘máquina para vivir’, y como el hábitat apropiado para el hombre máquina, corresponde a la conjugación de elementos arrancados unos de otros de tal manera que el tejido urbano mismo —las calles, la ciudad— queda desmembrado también”.¹⁶

Lefebvre sugiere que la ciudad debería reconocer las diferencias, no tanto en el sentido del individualismo y la unicidad, sino respecto a aquellas que emergen de las luchas vividas y conceptuales reales. En ese sentido, las diferencias no significan la reducción de la realidad ni sirven como un instrumento de dominación y poder, sino como la capacidad de vivir “diferencialmente”. Es quizá bajo esta óptica como los espacios de conflicto, la liberación y la emancipación podrían concebirse como espacios de representación, cargados de símbolos que son descritos mediante la experiencia del individuo y “ligados al lado clandestino o subterráneo de la vida social”, de modo que “las diferencias resisten o surgen en los márgenes de

¹⁵ Henri Lefebvre, *The production of space*, trad. Donald Nicholson-Smith, Blackwell Publishers, Malden/Oxford/Victoria, 1974, p. 201.

¹⁶ Henri Lefebvre, *The production... op. cit.*, p. 303.



un entorno homogeneizado, ya sea en forma de resistencias o en forma de externalidades”.¹⁷

En la obra de Lefebvre la dimensión social ocupa un lugar preponderante e incluso llega a destacar la importancia del juego y del poder de animación del espectáculo, la poesía y las prácticas artísticas (no mediatizadas) como formas de participación social, las cuales habrían sido exploradas por los grupos dadaístas, surrealistas y situacionistas con los que tuvo contacto en la primera mitad del siglo veinte.¹⁸

La complejidad de las interfaces urbanas y su interdependencia fueron expuestas por Lefebvre y Alexander en el momento en que señalaron la “superposición” y yuxtaposición inherente a la estructura socioeconómica de la ciudad, lo cual difiere de la visión simplista de la zonificación formulada por el urbanismo funcionalista, y que se ha demostrado como un elemento clave en la reproducción de divisiones en el tejido urbano.

Podemos sugerir entonces que la ciudad como entidad integrada e inclusiva lleva implícito el establecimiento de un vínculo de interdependencia entre las partes, dado que la noción de integración tiene que ver con la “incorporación de un nuevo elemento dentro del sistema psicológico previamente constituido” y que está en el origen de la psicología Gestalt. Por lo tanto, si la integración implica la necesaria adquisición de un elemento adicional dentro del sistema —esto es, aquel que identifica a la entidad y la provee de

sentido—, podemos afirmar que la ciudad contemporánea ha fallado en varias escalas en su intento por proveer a sus habitantes de un mínimo sentido de identidad y pertenencia relacionados con un sustento común:

“Respecto a Le Corbusier como filósofo de la ciudad, él describe la relación entre el habitante urbano y el habitar con la naturaleza, el aire, el sol y los árboles con el tiempo cíclico y los ritmos del cosmos. A esta visión metafísica, [Le Corbusier] agrega un conocimiento incuestionable de los problemas reales de la ciudad moderna, un conocimiento que hace surgir la práctica de la planeación y una ideología, un funcionalismo que reduce la sociedad urbana a cumplir con algunas funciones predecibles y prescritas, distribuidas en el territorio y la arquitectura. Dicho arquitecto se ve a sí mismo como un ‘hombre de síntesis’, pensador y practicante. El cree que es posible el crear las relaciones humanas con solo definirlas, mediante la creación de un entorno y sus equipamientos. Dentro de esta gastada perspectiva, el arquitecto se percibe e imagina como arquitecto del mundo, la imagen humana del Dios creador”.¹⁹

En síntesis, para Lefebvre la planeación representa un instrumento de poder, división y violencia, el cual intenta suprimir las contradicciones, encontrar una coherencia y reducir lo dialéctico a lo lógico. Al respecto, señalaba la manera como los instrumentos de zonificación habían impactado negativamente en la calidad de vida de los

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ Henri Lefebvre, *Le droit à la ville*, Anthropos, París, 1968.

¹⁹ Henri Lefebvre, *Writings on cities*, trad. y ed. Eleonore Kofman y Elizabeth Lebas, Blackwell Publishers, Oxford/Cambridge, 1996, p. 98.

ciudadanos: “dichas divisiones analíticas no están exentas de rigor, pero, como ya se ha dicho, el rigor es inhabitable”.²⁰ Las divisiones espaciales sistemáticamente creadas tienden a homogeneizar de manera artificial, clasificar y priorizar el territorio.

De una manera radicalmente más compleja e innovadora, sugiere que “el estudio de las articulaciones entre los distintos niveles de la realidad nos permite demostrar las distorsiones y discrepancias entre los niveles en lugar de disiparlos”.²¹ Por lo tanto, el funcionalismo urbano que inició la zonificación del territorio daría lugar después a los conjuntos residenciales cerrados, que representan una zonificación de segunda generación, en los cuales las divisiones socioeconómicas y la segregación espacial se asumen como componentes “naturales” dentro del tejido urbano, justificando con ello la creación de enclaves urbanos que continúan desafiando el significado público de la ciudad.

Lefebvre desarrolló además una distinción fundamental con respecto al espacio abstracto y el espacio social. Mientras que el espacio abstracto, basado en el conocimiento y el poder, se relaciona con mecanismos de control, planeación, economía y política, el espacio social involucra las prácticas sociales, actividades cotidianas y límites en permanente cambio. Es esta última forma espacial la que sirve como medio para el desarrollo de las relaciones sociales, así como un producto material que puede afectar esas mismas relaciones.

De acuerdo con este planteamiento, los grupos sociales no pueden constituirse como tales o

reconocerse entre sí, a menos que hayan creado un espacio para sí. La aproximación lefebvriana a la ciudad como expresión del tiempo nos ofrece una perspectiva dinámica sobre el territorio, en la que se incluyen en la planeación los ritmos cotidianos de sus habitantes. La inclusión del concepto del tiempo nos permite contemplar nociones de simultaneidad, del mismo modo en que un mismo espacio puede atravesar por una gama de actividades consecutivas a lo largo del día, de acuerdo con sus propios ritmos.

Recuperar el espacio vivido

Para Michel Foucault, “estamos en una era de simultaneidad: en una época de yuxtaposición, del cerca y el lejos, del cara a cara, de la dispersión. Estamos en ese momento en que nuestra experiencia del mundo no es tanto la de una larga vida desarrollándose en el tiempo, sino más bien la de una red que conecta puntos e intersecta su propia estructura”.²²

Cada vez es más generalizada la opinión de que las formas urbanas actuales tienen un impacto considerable en términos de relaciones sociales, y sin embargo, pueden también aumentar la fragmentación espacial, el aislamiento funcional y la segregación social. Es evidente que la falta de acceso a equipamientos, de proximidad y de espacios públicos seguros, atomiza las relaciones sociales y genera un sentimiento de exclusión entre la población que habita en los distintos sectores de la ciudad.

²⁰ *Ibid.*, p. 101.

²¹ Henri Lefebvre, *Le droit...*, *op. cit.*, p. 47.

²² Michel Foucault, “*Space, knowledge and power*”, interview with Paul Rabinow”, *Skyline*, marzo de 1982, p. 2.



Jane Jacobs sostenía que la percepción de Le Corbusier con respecto a la ciudad era la de un “maravilloso juguete mecánico”, fácil de entender, claro y ordenado, lo cual lo llevaría a banalizar su complejidad inherente y que probablemente haya derivado en la producción de la *anticiudad* de nuestros días.²³ Al respecto, Jacobs comentaba que “la ciudad soñada por Le Corbusier ha tenido un impacto inmenso sobre nuestras ciudades. Siendo recibida de manera delirante por los arquitectos, gradualmente ha venido materializándose en proyectos, que van desde la vivienda de interés social hasta los proyectos de edificios de oficinas”.²⁴

La fragmentación de la realidad urbana, materializada en la división planificada del espacio, estuvo sustentada en los principios de la planeación científica que dio lugar al funcionalismo urbano, el cual fue utilizado en América Latina por los grupos de poder como instrumento de control y dominación, en donde la imagen del desarrollo y el progreso como camino a seguir para lograr el enriquecimiento y consumo generalizados, demostró su insuficiencia sistemática en la solución de los problemas materiales y sociales de la ciudad.

El urbanismo funcionalista que toma como punto de partida la división del territorio antes que su integración, ha tenido como consecuencia la fragmentación del espacio, la segregación so-

cial y la institucionalización de estos mecanismos mediante la planeación científica. Por lo tanto, el cambio actual de paradigmas radica en la incorporación de la complejidad, la yuxtaposición y la simultaneidad de los procesos socioeconómicos y urbanos en la planeación como instrumento de equilibrio.

Finalmente, si bien el espacio público funcionalista sería criticado extensivamente por Jane Jacobs, Christopher Alexander y Henri Lefebvre, sería este último quien propondría tres calidades para el espacio: el percibido, el concebido y el vivido (*espaces perçu, conçu et vécu*). Tal concepción cuestionaría de manera inequívoca la conceptualización abstracta funcionalista denunciando la intención de la planeación por reducir la realidad en el interés del poder, a través de la institucionalización de requerimientos técnicos como producto de una imperativa necesidad moral.

La crítica puntual que los autores referidos hacen del modelo racional de zonificación espacial es que la subdivisión extrema del territorio y la ausencia de traslapes funcionales genera anomia, segregación y la disociación entre los elementos internos de la ciudad. Por lo tanto, la mezcla de usos, empalmes y yuxtaposiciones es imprescindible para la vida social de la ciudad, y es justamente en esos intersticios donde el espacio público tiene lugar.

²³ Jane Jacobs, *The death and life of great american cities*, Pergamon Press, Nueva York, 1964.

²⁴ *Idem*.

◆ Eduardo Chávez

Obra escultórica



Fiesta. Rakú, barro de Zacatecas, esmaltes blanco cracklet y verde lizar. Tres piezas, 14 x 20 cm, 2012



Tejas. Barro de Zacatecas, 60 x 20 cm, 2011





Fuego. Barro de Zacatecas con esmalte de alta temperatura, 30 x 17.05 x 39 cm, 2012